
Las Facultades Eclesiásticas en la Pontificia Universidad Javeriana

Eduardo Ospina, S.J.*

Hoy se inaugura de nuevo en la Universidad Javeriana, después de cerca de dos siglos, la Facultad de Teología.

La Facultad Teológica fue la madre de todas las otras facultades en las universidades de la Edad Media y es todavía por una elocuente reminiscencia histórica, la primera Facultad en todas las grandes universidades de Europa. Y esta facultad capital, junto con la de filosofía forma el grupo superior que en las universidades católicas se llama Facultades eclesiásticas.

Se nos ha invitado a que hablemos para dar de ellas una breve idea; y os confesamos que la sencilla invitación entraña una gran dificultad. Hablar de las facultades teológica y filosófica de una universidad católica es hablar de todo el sistema doctrinal de la Iglesia, y ese sistema es demasiado gigantesco para poder reducir su imagen a unas cuantas páginas.

Las prescripciones de la Iglesia católica en orden a la formación intelectual de sus sacerdotes están densa y ordenadamente recopiladas y refundidas en la constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus* de Su Santidad el Papa Pío XI. Me perdonaréis el que sin pretensiones ponderativas, con la

* Primer Decano de las Facultades Eclesiásticas, de 1937 a 1941. Murió en 1965.

mayor sencillez y convicción os diga que esas prescripciones de la Iglesia constituyen el programa intelectual de instrucción más amplio, más fuerte, más completo y más armónico que pueda presentar e imponer ninguna institución sobre la tierra.

La Iglesia católica, la madre de la cultura en los últimos veinte siglos, encarna en sí misma y quiere encarnar en sus sacerdotes esa preocupación de cultura vasta y profunda que es el sello característico de las altas intelectualidades humanas. El alma cristiana, y más aún el alma sacerdotal, sobre cuya frente ha descendido la iluminación del bautismo y de la unción sagrada, tiene, debe tener, esa mirada atenta, pensadora y como expectativa, para quien —como se dice de los niños y de los filósofos— todo en el universo es un motivo de admiración. Para un alma abierta a la luz y a la meditación como el alma sacerdotal, debe haber interés, proporcional sin duda, pero sincero y vivo, para la enigmática constitución de la materia, para la prodigiosa organización de la célula viviente, y pasando al plano del espíritu, interés para el insodable mundo psicológico, para los espacios azules y profundos de la metafísica; y, subiendo más todavía, interés supremo y ardiente por las alturas eternas de donde descienden las fuentes de la sagrada sabiduría.

Ved por qué el programa de los estudios sacerdotales, sobre todo en las facultades universitarias eclesiásticas, empieza por imponer serios estudios de matemáticas, de ciencias fisicoquímicas, de historia natural con toda la confederación de sus ciencias; estudios de cosmografía, la ciencia de los mundos celestes; y de antropología, pedagogía e historia, las ciencias del hombre.

Sobre esta base de conocimientos naturales acerca del mundo visible, ha de levantarse un edificio aún más importante; el de la ciencia que estudia las últimas causas, la ciencia sabia por excelencia, a la que los griegos llamaron *Amor de la sabiduría: Philosophia*.

Y es que ante el cosmos misterioso, ante las realidades invisibles que nos hablan por los fenómenos visibles, el hombre se encuentra como en una playa primitiva: a la espalda montes altísimos, coronados de nieves y glaciares, laderas cubiertas de bosques antiguos, vegas de vegetación salvaje y pródiga, recorridas por torrentes espumosos. En frente el mar inmenso con sus profundidades insondables, con sus horizontes sin lindes, con sus cielos astrales. Y hay algo más todavía en el paisaje cósmico: allá, no lejos de la playa, se levanta un peñón de granito, y sobre él, envuelta en la niebla del mar, parece dibujarse una arquitectura. . .

Por la observación y el estudio de la rica naturaleza que cubre la costa firme, el hombre va creando las ciencias naturales: ellas forman como el ancho y ascendente sub-basamento de la ciencia humana, asentado sobre un promontorio de la playa, y sobre esa base se ha de levantar el edificio culminante de la filosofía, allí, cerca de las olas susurrantes de secretos, frente al mar, de cara al infinito.

El cuerpo inferior de la construcción, que pone en contacto los superiores con el piso firme de la realidad, es la lógica al estudiar la naturaleza y actividad de las facultades cognoscitivas, la veracidad de nuestras formas mentales. Sobre ella se apoyan la cosmología, consagrada a investigar el inquietante enigma del mundo físico, la sicología, laboratorio analítico del espíritu, arcano en sí mismo y más aún por su milagrosa unión con la materia. En inmediato contacto con la naturaleza del mundo y del hombre, pero más elevados por su objeto moral, la ética y el derecho natural añaden hacia la altura otro cuerpo superior. Más alta todavía por el carácter absoluto y eterno de sus conceptos, la ontología metafísica culminaría dignamente la gloriosa estructura, si sobre ella no descollara el esbelto y firme torreón de la teodicea, en cuya almena más alta ondea bajo el azul la bandera blanca de la razón humana como interrogando la profundidad del mar y de los cielos.

Allí llega a su cumbre la ciencia natural del hombre. Frente a ella, sobre el peñón de granito que emerge de las olas, se levanta la otra arquitectura: tiene forma de templo, y los ángulos de los gabletes que coronan sus entradas ojivales, y los pináculos y las fechas y las torres agudas tiene como una aspiración vertical hacia Dios. La ciencia sagrada no es una invención del hombre: es, fundamentalmente, una revelación de Dios. Pero sobre la base de granito de la veracidad divina, con el mármol blanco de la verdad revelada, las más altas inteligencias cristianas han ido tallando en dos mil años esta arquitectura prodigiosa que se llama la teología católica.

¿Queréis oír la enumeración sumaria de sus principales tratados?

Dios infinitamente feliz en la contemplación de su vida íntima¹.

Las manifestaciones de las perfecciones de Dios en sus obras fuera de Sí mismo².

1. *Tractatus de Deo Trino*

2. *Tract. de Deo uno.*

Dios, Creador omnipotente y pródigo Gobernador del universo³.

Dios que llama a su propia felicidad al ángel y al hombre⁴.

El hombre que pierde la vida divina por la culpa⁵.

Dios hecho hombre por el hombre⁶.

Dios hecho hombre que redime al hombre⁷.

La preparación histórico-social de la venida de Dios a la tierra⁸.

Dios-hombre, el hombre histórico que se llama Jesús⁹.

Dios-hombre que comunica su vida a un cuerpo social y místico que llama su Iglesia¹⁰.

Y así se estudia la vida divina de la Iglesia en la gracia actual y en la gracia habitual; en los canales de la gracia, los sacramentos; en la Moral que sobre la sabiduría de los principios especulativos funda las normas prácticas de la vida, en la Ascética, en la Mística, en la Liturgia, en la Historia, en la Legislación canónica, en la práctica total de la religión divino-positiva, hasta la consumación para el hombre de la felicidad eterna en la felicidad de Dios.

Unos treinta tratados, cada uno de los cuales llena con frecuencia en obras especiales varios volúmenes, es lo que constituye el sistema científico de la teología católica, construcción de firmeza indomable, de incomparable organización lógica, de amplitud gigantesca y de armonía y belleza arrobadoras.

La enumeración de estos temas ejerce una sugestión atractiva en cualquier mente pensadora. La sola razón mira a la concepción teológica de la Iglesia con admiración, sin duda, pero también con esa reserva de quien no

3. *Tract. de Deo creante*

4. *Tract. de Deo elevante*

5. *Tract. de Statibus.*

6. *Tract. de Deo incarnato*

7. *Tract. de Deo redemptore*

8. *Tract. de Vetere Testamento*

9. *Tract. de Novo Testamento*

10. *Tract. de Ecclesia.*

posee la seguridad científica de un hecho y de un sistema ideológico comprobado por un método racional. La sola razón humana ante la ciencia de la revelación es como el hombre que sobre la costa, desde el minarete de su noble castillo filosófico, mirara en la noche, allá enfrente, rodeado por las olas esquivas, el templo misterioso sobre su inmoble peñón de granito. El ve que por las cristalerías multicolores se escapa una sugerente irradiación que indica la fúlgida iluminación interior. La figura y distribución de los ventanales, los contrafuertes exteriores que se acusan suavemente entre la penumbra hablan también de la audaz y firme estructura interna que forma el solemne recinto. Pero esa es una visión por de fuera. Y hay un paso difícil de vencer desde el acantilado de la costa hasta el islote, rodeado por las olas. ¿Cómo podría el hombre llegar hasta el templo iluminado? ¿Cómo podría la razón humana convencerse científicamente de que la revelación es una realidad? ¿Cómo saber si la fe en la revelación es un acto racional, científico, digno del hombre?

He aquí el problema que con todo derecho formula nuestra inteligencia y al cual responde también en forma científica la teología católica. Para vencer el espacio que separa a la ciencia racional filosófica de la ciencia estrictamente teológica, la razón ha de hacer una última construcción intelectual que pone en comunicación el edificio de la ciencia natural con el vestíbulo mismo del templo sagrado. Es una parte preliminar de la ciencia teológica, completamente propia de la Iglesia católica, a diferencia de las sectas cristianas que intentan hacer este camino por procedimientos inverificables para la razón.

Nuestro estudio es la materia del primer curso de la facultad teológica: es lo que se llama la *teología fundamental*, y su procedimiento científico, brevísimamente enunciado, sigue esta línea de tesis que se prueban amplia y fuertemente:

Existe un Dios único, personal, infinito.

La autoridad y veracidad de Dios son infinitas como su esencia.

Si Dios se comunica al hombre, el hombre debe un reconocimiento absoluto a esa comunicación, a esa revelación de Dios.

Pero para que ese reconocimiento absoluto sea racional, el hombre debe tener certidumbre de que esa revelación es de Dios y de que esa revelación es una realidad histórica.

Hay signos claros e inconfundibles en una comunicación característica de Dios al hombre.

Así una ciencia histórica-filosófica por procedimientos de una escrupulosidad científica y de un rigor lógico admirables, comprueba científicamente cómo en la historia se han dado hechos característicos, sellos inconfundibles de una revelación divina; comprueba científicamente la venida de un Legado divino, que confirmó con obras divinas, pero históricas y palpables, su misión divina; comprueba científicamente que ese Legado divino, Dios él mismo, fundó una institución social, visible y al propio tiempo espiritual que conservara intacta y propagara la doctrina revelada a través del espacio y a través de los siglos; comprueba científicamente que si esa Institución existe hoy día, ella es la depositaria y la maestra infalible de la verdad revelada; comprueba, en fin, científicamente, que esa Institución existe: y es la Iglesia católica.

Señores, estamos en el vestíbulo del templo!

La razón humana, en labor gloriosa, lanzó un soberbio viaducto desde el acantilado de la costa a la isla del templo misterioso. La razón sincera ya no tiene que conformarse con mirar de lejos nostálgicamente, en sus noches claras la sugerente iluminación de aquel templo maravilloso que posee tesoros de luz celeste. Ahora puede nuestra inteligencia entrar confiadamente bajo la luz del cielo en esa casa de Dios, en ese verdadero y único hogar del hombre donde el hombre encuentra todo lo que necesita para la vida y para la eternidad.

El estudio de todas estas grandes cosas constituye el programa de las facultades eclesiásticas en una universidad católica. ¿No creéis que es una verdad sencilla la afirmación de que ese programa intelectual es el más amplio, el más fuerte, el más completo, armónico y bello que puede presentar e imponer ninguna institución sobre la tierra?

Decretum

Sacra Congregatio de Seminariis et de
Studiorum Universitatibus haec Catholicae
Universitatis Laverianae Statuta Genera-
lia et Statuta Facultatibus ecclesiasticis
propria, ad normam Constitutionis Apostoli-
cae "Deus scientiarum Dominus" et adne-
xarum "Ordinationum" confecta, auctoritate
a S. S. mo D. N. Pio Pp. XI sibi facta,
approbat et ut fideliter observentur praescribit.

Romae, ex Aedibus Sancti Callisti, die XXIV
mensis augusti, anno MCMXXXVII, in festo
Sancti Bartholomaei Apostoli.

Praefectus
Caetanus Card. Aillet



Secretarius
Eugenius Ruffini

DECRETO

La Sagrada Congregación de Seminarios y Estudios Universitarios aprueba y manda que sean observados fielmente estos Estatutos Generales de la Católica Universidad Javeriana y los Estatutos propios de las Facultades Eclesiásticas, confeccionados a tenor de la Constitución Apostólica "Deus Scientiarum Dominus" y las Ordenaciones anexas, bajo la autoridad de Nuestro S. S. Pío Papa XI.

Roma, en el Palacio de San Calixto, el día 24 del mes de agosto, año de 1937, en la fiesta de San Bartolomé Apóstol.

Prefecto,

Cayetano Bisleti

Secretario,

Ernesto Ruffini